

El envejecimiento global

La pandemia generada por el covid-19 ha tenido como involuntarios protagonistas en la sombra a nuestros mayores. Han sido las personas más vulnerables a los mortales efectos de la enfermedad y el colectivo que ha registrado mayor número de fallecimientos. La Fiscalía española está investigando las muertes de personas mayores en residencias geriátricas a causa del coronavirus, pero no es el único país en el que la situación en este tipo de instituciones ha ocupado las primeras páginas de los periódicos. En un asilo para veteranos del área de Seattle se registró uno de los brotes de coronavirus más mortales de los Estados Unidos, e Italia informó igualmente de diversas irregularidades. En otros países, como Bélgica o Holanda, se aconsejó que se dejara morir a los ancianos en las residencias para no saturar los hospitales; y en Francia, Alemania o el Reino Unido, los fallecidos en geriátricos no constaron en las listas de víctimas por la covid-19 durante las primeras semanas. Al hilo de tan tristes acontecimientos los europeos descubrimos con estupor que el aumento de la esperanza y la calidad de vida de los seres humanos, uno de nuestros mayores logros, ha convertido al envejecimiento en un problema global.

La longevidad: una “mega-tendencia” demográfica

Según el último informe sobre perspectivas demográficas mundiales de la ONU (2019), en 2018, por primera vez en la historia, el número de las personas de 65 años o más superó en todo el mundo al de los niños menores de cinco años. Las proyecciones realizadas

indican que en 2050 habrá el doble de mayores de 65 años que de niños menores de cinco. A mediados de siglo se espera asimismo que los ancianos sobrepasen al número de adolescentes y jóvenes de entre 15 y 24 años y se estima que una de cada seis personas del mundo tendrá 65 años o más. Todas las sociedades del globo están envejeciendo, debido a la disminución de la mortalidad, al aumento de la esperanza de vida, a la existencia de una sanidad pública, a la disminución de la natalidad y a los flujos migratorios norte-sur de jubilados que se establecen en países como el nuestro por la benignidad del clima.

En el informe se recalca que, de no modificarse las políticas públicas actuales, el envejecimiento de la población podría causar un colapso de los sistemas asistenciales y afectar a las economías nacionales; aunque también se señala que esta situación no conduce necesariamente a un desastre macroeconómico: implementando las políticas de reforma necesarias podría ocurrir todo lo contrario.

Según la plataforma Envejecimiento en Red, surgida a partir de la colaboración entre la Fundación General CSIC y su Instituto de Economía, Geografía y Demografía, actualmente los países de la Unión Europea con mayor número de personas mayores son Alemania (17,5 millones), Italia (13,5), Francia (12,9) y España (8,8). La Unión Europea, consciente de la necesidad de atajar este problema, publicó en 2012 un Eurobarómetro especial sobre el “envejecimiento activo”, un término que suena cada vez con más fuerza y alude al hecho de que actualmente las personas entre los 60 y los 80 años viven en una especie de “limbo” vital, social y jurídico. No responden a la imagen que teníamos de nuestros abuelos ni a los estereotipos de hace unas décadas, tienen otros intereses, mejor salud, mucha capacidad de trabajo y desean seguir siendo miembros activos de la comunidad.

Retrato de la vejez

Lejos quedan ya aquellos días en los que los ancianos eran respetados por su sabiduría y su experiencia, lejos las instituciones políticas

compuestas por los ancianos más respetables de la comunidad. Pocas personas recuerdan que Cervantes escribió la segunda parte de *El Quijote* a los 68 años y Goethe publicó su *Fausto* a los 80. Verdi estrenó su ópera *Otelo* a los 74 años y Winston Churchill fue elegido jefe del Gobierno británico a los 66. Actualmente, a las personas mayores se las considera improductivas y enfermas, más seniles que ancianos; y, de hecho, está muy extendida la costumbre de tratarlos y hablarles como si fueran niños. Los mayores han dejado de ser personas importantes y se han convertido en una "carga" para sus familias, para la sociedad y para el Estado. La vejez no se entiende como una época de plenitud o descanso, sino como una etapa de la vida en la que ya nada bueno puede acontecer.

En los países avanzados la consigna es permanecer joven gracias a la alimentación, al ejercicio, a la cirugía estética e incluso al "transhumanismo". Este movimiento propone el uso de implantes subcutáneos, prótesis biónicas y hasta la posibilidad de transferir el contenido del cerebro a una máquina para crear "mentes sin cuerpo", libres de los trastornos provocados por la decadencia del envejecimiento. En sociedades como las nuestras donde el culto a la juventud está a la orden del día, los ancianos han desaparecido de la esfera pública: sólo aparecen en los anuncios televisivos, sanos, sonrientes y guapos, haciendo cosas más propias de jóvenes. La juventud se ha convertido en un artículo de consumo, en una tiranía de la fuerza y la belleza que amenaza con arrebatar su identidad a los mayores, asociados a la fealdad y debilidad que supuestamente conlleva la edad.

Sin embargo, nuestras sociedades están pasando de una imagen negativa, homogénea y lineal a otras más heterogéneas, como corresponde a una época en la que existen diferencias significativas entre el grupo de edad de 60 a 80 años y el de los mayores de esa edad. Quizá deberíamos activar el sentido común ante los estereotipos negativos y constatar que nos encontramos con "personas de la tercera edad" en el cine, las manifestaciones y los gimnasios; y que, en países como el nuestro, los jubilados ayudan a sus hijos e hijas que trabajan ocupándose de los nietos. No todos los ancianos están enfermos o son dependientes, muchos desean seguir trabajando,

participan en la vida social y política (por ejemplo, con las manifestaciones regulares en las que se pide un aumento de las pensiones), siguen estudiando y formándose cuando (por fin) tienen tiempo para ello y aportan su experiencia vital y profesional siempre que se les pide. De hecho, se ha hablado de “gerontocracias” en la alta política mundial y en la Iglesia misma, una institución que sigue otorgando a los mayores la autoridad y el peso que se les concedía en las sociedades tradicionales.

Las necesidades de nuestros mayores

En general, los mayores pueden encontrarse con cuatro tipos de necesidades: 1) económicas, ya que al jubilarse disminuyen sus ingresos y con las pensiones públicas no pueden cubrir todos sus gastos; 2) sanitarias, que podrían acabar lastrando los sistemas públicos de salud de todos los estados de bienestar (España dedica un 55 por ciento del gasto total a los mayores); 3) de asistencia social, sobre todo en el caso de los mayores que no pueden vivir solos en sus domicilios y cuyos familiares no pueden/quieren hacerse cargo de ellos; y 4) de afecto y reconocimiento, tanto a nivel familiar como social.

El aumento de las pensiones de jubilación pasa por un cambio en el contrato social intergeneracional, que implica que los impuestos y las contribuciones de las personas con empleo financian las pensiones de los jubilados. Sin embargo, el número creciente de perceptores y el número decreciente de trabajadores que cotizan ha vuelto a poner sobre la mesa la cuestión de a quién corresponde la responsabilidad de mejorar las pensiones: ¿al Estado, a los empresarios o a los propios trabajadores?

Para hacer frente a los problemas de salud de nuestra población de más edad se están diseñando políticas preventivas que animan a los ciudadanos a cuidar su alimentación y hacer deporte durante toda su vida con el objetivo que, al llegar a la senectud, su forma física sea buena. Medidas como la asistencia domiciliaria de fisioterapeutas, psicólogos y enfermeras descargan los hospitales y facilitan al

anciano un cuidado menos invasivo para su intimidad. En Japón, por ejemplo, el país que cuenta con más personas mayores del mundo, cuidar a los parientes ancianos es una obligación jurídicamente exigible. El expresidente del Banco de Japón, Masaaki Shirakawa, señaló en una conferencia de prensa celebrada en 2018 que incrementar el PIB del país pasaba por reformar las estructuras sociales para paliar los efectos del envejecimiento demográfico.

El problema también está relacionado con la incorporación de las mujeres al mercado laboral a nivel mundial, una medida considerada necesaria para empoderarlas e incrementar el PIB. Sin embargo, en muchos países, la ayuda familiar sigue siendo imprescindible. Las mujeres que en la actualidad tienen 60 años cuidan de padres octogenarios, atienden a sus maridos mayores, y ayudan a sus hijas/hijos en el cuidado de los nietos. En el nuevo modelo familiar, caracterizado por un reparto más igualitario entre los cónyuges de las tareas del hogar, la aportación de ingresos a la familia y el cuidado de los dependientes, los miembros de la pareja se ocupan de los mayores indistintamente. El problema es que cuando ambos cónyuges trabajan fuera de casa los ancianos suelen acabar en geriátricos públicos o privados. Muy alarmante resulta la denuncia de malos tratos físicos y psicológicos, fundamentalmente en las residencias de la tercera edad, pero no exclusivamente. La OMS estima que al menos 4 millones de ancianos los padecen en la región europea.

Teniendo en cuenta la tendencia creciente a la contratación de servicios médicos y asistenciales en residencias geriátricas resulta alarmante el rápido incremento de la privatización de estos servicios bajo los gobiernos autonómicos en nuestro país. El sector privado concibe las residencias como un negocio con todo lo que ello conlleva: oscilación e incremento de los precios, graves déficits de personal médico y de enfermería en un sector donde la precariedad y los bajos salarios alcanzan cotas espectaculares y escasez de suministros de protección e higiene. Esta concepción de los geriátricos como centros de residencia y ocio ha creado establecimientos insuficientemente medicalizados que han demostrado ser una trampa mortal ante la amenaza de una epidemia como la que estamos viviendo.

Últimamente ha saltado la noticia de que quienes invierten en residencias de mayores y servicios relacionados son grandes fondos de inversión. No estamos hablando ya de empresas familiares ni de pequeños centros concertados cuya gestión es supervisada por una inspección pública, sino de grandes sociedades nacionales y extranjeras que pagan dividendos a sus accionistas. Según los datos publicados este año por la consultora DBK Informa, la facturación en España del sector de empresas gestoras de residencias para la tercera edad creció en 2018 un 3,4%, hasta situarse en los 4.500 millones de euros. Durante ese mismo periodo, la oferta de plazas en residencias privadas aumentó un 1,5%, hasta superar las 285.400. De estas, el 65% eran plazas privadas, mientras que el 35% restante correspondía a plazas concertadas con la Administración.

La mayoría de estas plazas están ocupadas por mujeres, dado que su esperanza de vida es mayor. No hay consenso en los estudios sobre los motivos que explican esta "feminización de la vejez". Se ha hablado de que las mujeres vivían con menos estrés y tenían menos adicciones como el alcohol o el tabaco. También se ha señalado el ciclo vital de las mujeres tiene muchas más variantes que la vida de los hombres. Los cambios que suponen tener hijos, que éstos abandonen el hogar familiar al hacerse adultos, trabajar fuera del hogar u ocuparse a temporadas de los dependientes de la familia, las hacen más versátiles a la hora de adaptarse a un nuevo ciclo de vida tras la jubilación. Hasta muy recientemente, el género ha sido el criterio primordial para la distribución de roles, lo que se refleja en la situación actual de las mujeres mayores. Las necesidades de conciliación y la brecha salarial entre hombres y mujeres deja a éstas últimas con pensiones de jubilación más reducidas que las de los varones, un problema a considerar en las nuevas políticas públicas basadas en el respeto al derecho a la igualdad entre otros principios.

Los derechos de nuestros mayores

Nos queda mucho por hacer para garantizar a nuestros mayores los derechos que les corresponden. La Unión Europea ya ha aprobado

como marco de referencia la Carta europea de los derechos y responsabilidades de las personas mayores (2010). Pero este mismo año 2020, la Comisión Europea, haciéndose eco del informe sobre envejecimiento global publicado en 2019 por la ONU, ha manifestado su voluntad de garantizar al conjunto de los ciudadanos el acceso a todo tipo de actividades independientemente de su edad. También alude a la necesidad que tiene Europa de utilizar plenamente el potencial laboral de las personas entre 60 y 80 años con el fin de hacer frente al incremento de la competencia mundial. Se han planteado soluciones como complementar la jubilación con trabajos de media jornada que aumenten los ingresos de los hogares de los mayores; y, por ende, de su capacidad de consumo. Aunque los expertos advierten que esta solución podría incidir negativamente sobre el paro juvenil, políticas de este estilo podrían reducir la desigualdad, incrementar la productividad y fomentar el crecimiento económico, pero suponen una inversión previa en educación permanente debido a la velocidad a la que avanza la tecnología, sobre todo en el ámbito de la comunicación y de la informática.

Las instituciones de alcance mundial y regional ya trabajan en la elaboración de un marco que, basándose en valores como la autonomía, la participación y la igualdad, permita encuadrar el diseño de políticas públicas que garanticen a nuestros mayores sus derechos básicos. Tienen derecho a una vida digna, cobrando pensiones suficientes, a cuidados de calidad y a una atención sanitaria pública, al bienestar físico y mental, a la intimidad, a optar por la atención domiciliaria a cargo de familiares o cuidadores. Deben poder participar en la vida pública, social y política retrasando su jubilación, si lo desean, o a través de actividades como el voluntariado, la protesta política o la colaboración en aquellos ámbitos en los que puedan transmitir su experiencia. Por último, los mayores tienen derecho a la libertad de expresión, a la libertad de culto y a una muerte digna, lo que exige que no se los infantilice y que se respete su capacidad de decisión.

Estos valores y derechos deben conformar los pilares de nuevas políticas públicas que promuevan la integración y el aprovechamiento de

la experiencia y las habilidades de estos “nuevos ancianos” cuyo lugar en las sociedades modernas aún está por determinar. Es evidente que habrá que emprender una reestructuración de las economías que responda a la evolución demográfica real. Los ancianos son un grupo social cada vez más numeroso que puede cumplir funciones sociales y políticas esenciales conservando así, de paso, esa dignidad que en ocasiones se les arrebatata. Dando por sentado que los mayores de 65 años ya no están en condiciones de hacer nada por sus sociedades se desperdicia su formación, su esfuerzo, su experiencia. En las últimas décadas se ha debatido mucho sobre el empoderamiento de los jóvenes y de las mujeres sin mencionar a los mayores que habrán de luchar en los años venideros para adquirir visibilidad social. Ya se habla del “poder gris” para referirse no solo al incremento del número de mayores, sino asimismo al aumento de su capacidad de influencia en todas las esferas de la sociedad.

Estamos ante una cuestión de alcance global e intergeneracional que nos afecta a todos, porque, con suerte, antes o después todos pasaremos a formar parte de las cohortes de más edad. Como señala Cicerón en su tratado sobre la senectud, escrito a los 62 años: “Quieran los dioses que lleguéis a ella, y que la podáis experimentar”. ■